



TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

Tirarse al piso

Nuestro País enfrenta uno de los momentos más tensos en materia de política exterior desde que asumiera la Presidencia de la República Vicente Fox. Ni siquiera cuando adoptamos en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU la postura de votar en contra de la iniciativa de Estados Unidos de invadir a Iraq y que a la postre le costaría la salida al embajador Adolfo Aguilar Zinser, la situación se tensó como en estos momentos.

En aquella ocasión, si bien no se llegó a la votación, unánimemente apoyamos la postura de nuestro Gobierno. Los únicos enojados eran los norteamericanos. Hoy, ante el conflicto con Cuba ha habido una división de opiniones respecto a la posición e iniciativa mexicana. Quienes están a favor argumentan que se trata de una medida realista, acorde con los tiempos que vivimos y que no podemos seguir manejándonos con principios que funcionaban en otros tiempos y en otros contextos.

Quienes están en contra invocan nuestra tradición en materia de política exterior y sobre todo la visión solidaria que desde que asumió el poder Fidel Castro, hace casi medio siglo, habíamos mantenido para con la Isla.

En términos del ciudadano promedio lo que encuentro es preocupación y sentimientos encontrados. En efecto, los mexicanos sentimos una fuerte simpatía por los cubanos pero cuestionamos el carácter dictatorial del Gobierno encabezado por Fidel Castro. Estos sentimientos encontrados son a los que recurren quienes hoy se tiran al piso por el viraje de la tradicional postura diplomática sobre Cuba.

Cuando los revolucionarios cubanos zarparon en el Granma desde costas mexicanas para luchar contra el régimen del dictador Batista, recibieron el apoyo unánime de los mexicanos. Más que Fidel, el ícono era el médico argentino Ernesto, "Che" Guevara. Desde entonces a la fecha, ha habido un deslinde masivo, sobre todo de los sectores más ilustrados de nuestra sociedad, respecto a las características del régimen emanado de la Revolución.

Pocos en su sano juicio justifican la falta de libertades que padecen los cubanos. No son suficientes los indicadores que en materia de salud o educación han logrado desde los años sesenta; no se puede justificar con nada el totalitarismo. Recuerdo con pena lo que sucedió en un congreso internacional sobre gobiernos locales y democracia que se desarrolló a finales de los años noventa y al que asistió una delegación de académicos cubanos; su consigna era demostrar que en Cuba existía la democracia aunque no hubiera elecciones regulares y sólo había un partido político. Para ellos la democracia existía al interior del Partido Comunista; realmente era una postura patética y triste pues ninguno de ellos podía emitir la más leve crítica.

Se dice que con el enfriamiento de las relaciones bilaterales ordenado por la Cancillería mexicana se traiciona nuestra historia diplomática y sobre todo el trato tradicional que le hemos dispensado a Cuba; que no se consensó y que ello agravará la situación de los cubanos. Creo que apelar a la tradición para justificar los exabruptos y la actitud intervencionista de Fidel no corresponde a los tiempos que vivimos. México ya cambió; no podemos seguir operando con las mismas pautas de un País autoritario. La política exterior tiene que guardar coherencia con la política interior. Esto es tan elemental como reconocer que en Cuba se violan los derechos humanos y se castiga a quien se oponga a las decisiones del dictador. Sólo un puñado de intelectuales mexicanos puede seguir justificando la dictadura cubana. Se tenía que tomar una decisión rápida para atajar los agravios; era imposible "consensar"; ¿pero antes cuándo se nos consultaba? Las condiciones de los cubanos no empeorarán; eso corre por cuenta de Estados Unidos y de la dictadura que padecen.

El "affaire" cubano propició varias situaciones interesantes; la misma noche del domingo se reunieron en un programa de televisión conducido por Joaquín López Dóriga, Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín; representantes de dos de los grupos de intelectuales más destacados de nuestro País y que en años anteriores habían protagonizado encarnizados enfrentamientos. Pero también fuimos testigos de los desvaríos intelectuales de Carlos Montemayor y de la falta de argumentos de la senadora priista Silvia Hernández. El PRI no puede manejarse en ese anacronismo ideológico de otras décadas; por esa vía perderá muchos votos. Lo mismo es extensivo para el PRD.